

Meditación tras una lectura

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. MANUEL DíEZ ALEGRÍA (*)

En el mes de Diciembre pasado se presentó en el Instituto de España un notable libro del académico y profesor Carlos Seco Serrano, acto en que lei unas tan modestas cuanto osadas cuartillas que expresaban el sentir de un soldado de vocación ante un trabajo que trasciende de lo acostumbrado.

Siempre me ha preocupado el escaso interés del mundo civil hacia los asuntos militares, que son suyos, que le interesan, pero sólo conoce imperfectamente, a veces deformados. Más me inquieta aún el relativamente escaso número de tratadistas que ahondan en ellos. Por eso cuando uno eminente, como el profesor Carlos Seco, consagra sus esfuerzos a producir un libro esencial, desde ahora base a tener en cuenta para cualquier estudio dedicado a estos temas, entiendo merece una gratitud sentida por su contribución a aproximar a la verdad asuntos muchas veces debatidos y frecuentemente distorsionados.

EL LIBRO. —La lectura detenida de «Militarismo y Civilismo en la España Contemporánea» me ha proporcionado un gran placer intelectual. Se trata del estudio, un estudio fundado en bases bien documentadas, de un periodo interesantísimo de la Historia de España, interesante en sí mismo y sobre todo porque está en el origen de nuestra vida de hoy. No menos interesante porque examina el funcionamiento de un Estado con características bien singulares en cierto modo anómalas para el mundo en que está inmerso, pero explicables en sus circunstancias. La misma extensión de la obra es una ventaja apreciable para el lector atento e interesado.

(*) Sesiones de los días 20 y 26 de marzo de 1985.

Es el Ejército español, a que el mismo se refiere, un fenómeno singular muy diferente de la pauta normal en Europa. El Profesor Seco destaca los cuatro estamentos que integran el qwue resulta de la Guerra de la Independencia: los oficiales procedentes del Antiguo Régimen, los que iniciaron su actuación en esa misma lucha, los que gastaron su tiempo prisioneros en Francia y los de origen guerrillero. Desde ese cuerpo heterogéneo, casi sin reformas profundas, llegamos a la actualidad.

Reconozco que me descompone oír hablar de «poder civil» y «poder militar». Poderes sólo hay uno, el del Estado, y los demás así apellidados serán, cuando mucho, grupos de presión. Si alcanzan una actuación directa, ello será siempre con mengua del Estado. Como cita Seco, ya Balmes, empleando ese lenguaje convencional decía en su época: «No creemos que el poder civil sea flaco porque el militar sea fuerte, sino que, por el contrario, el poder militar es fuerte porque el poder civil es flaco.»

En apariencia el fenómeno del intervencionismo militar es homogéneo. En realidad los motines, pronunciamientos y golpes de estado presentan una extrema variedad. En la primera época, la fernandina, son en su mayoría chispazos individualistas, románticos, a favor de la libertad, aunque no faltan los de fin más práctico, como el de evitar ser enviados al «infierno venezolano». En la etapa siguiente, isabelina, durante el «régimen de los generales», los vencedores de las guerras, los de energía probada, son buscados por los civiles para encabezar los nacientes partidos políticos. En una época constitucionalista, de representatividad convencional, el golpe militar viene a sustituir en cierto modo a un imposible voto de censura y se admite en la práctica como medio de cambiar un gobierno.

Siguiendo en este ambiente, el ejército acata la revolución del 68 y la actuación de Prim y soporta el sexenio revolucionario. Todo ello termina con el golpe de Pavía, golpe desinteresado que busca poner un límite por abajo a la democracia: no cantonalismo desintegrador de la soberanía nacional, no desorden anárquico, no indisciplina militar favorecedora de los carlistas. Es un nuevo tipo de expresión del sentir de los ejércitos que coincide con la voluntad general nacional.

Empieza así una faceta completamente distinta de las anteriores. El genio político de Cánovas da origen a una etapa, la de la Restauración, fundamentalmente civilista, la más sosegada de nuestra historia reciente. Establece el Estado posible en el momento; acogiendo los hombres procedentes de sectores bien diversos, funda una democracia, relativa si se quiere, pero que, con el turno pacífico, funciona. No le gustó la intervención en Sagunto de Martínez Campos, porque no deseaba ninguna actuación política de los generales. Pero, en mi modesta opinión personal, olvidó que el ejército es un instrumento del ejecutivo y abandonó los asuntos castrenses a sus correspondientes ministros, siempre generales. Bien grave, por ejemplo, es lo ocurrido con Cassola, que intenta una indispensable reforma, profunda y

extensa aunque limitada, que tropieza con una fuerte oposición militar y no sostenida por Sagasta, ya cansado y caduco, fracasa lamentablemente.

La campaña de Melilla de 1893 pone de relieve el lamentable estado de las Fuerzas Armadas, que sin verlo enmendado, han de enfrentarse al conflicto cubano y a la guerra hispano-norteamericana. Todos estos son problemas políticos, decisiones políticas, abandonados a la iniciativa de jefes militares prácticamente inermes; el resultado es el desastre. El gobierno, culpable principal, descarga su fardo sobre los soldados que se sienten deshonrados y menospreciados ante el país. Ello conduce a la disparatada Ley de Jurisdicciones, abuso militar notorio pero debilidad suprema, casi criminal, del gobierno de Moret.

A partir de este momento el sistema canovista, hasta entonces eficiente, ha entrado en barrena. Como decía en otra ocasión, en 1917 «nos encontramos en uno de los momentos más difíciles de la historia turbia del reinado de don Alfonso XIII: problemas derivados de la terrible contienda, origen de nuestra era, iniciada en 1914; conmociones sociales, reflejo de los ecos de la revolución rusa; sedición de los parlamentarios; penuria de líderes de la estatura necesaria; y por encima de todo, para nuestro objeto, los defectos acumulados de la organización militar española llegan a hacer crisis, culminando en la increíble actuación de las tristemente célebres Juntas de Defensa, extraño engendro contra natura de un sindicalismo militar. La absurda tramitación del asunto debilita aún más al estado y aumenta la osadía de los milites revueltos frente a la postura correcta de la mayoría del elemento militar».

La dejación gubernamental, la ausencia de una política, las iniciativas independientes de cada jefe, la impreparación de las fuerzas, conducen en 1921 a un nuevo descalabro. Terrorismo desenfrenado en Barcelona y en otros puntos (Dato en Madrid, el cardenal Soldevila en Zaragoza, el ex gobernador Regueral en León, el director del Banco de España en Gijón), el retoñar de los separatismos (visita de Joffre a Barcelona, propuesta insensata de los nacionalistas para una alianza con el Rif), el problema de las responsabilidades (distorsionado gracias a una mala política débil, que exponía nuevamente, con la misma corona, los fundamentos del Estado), los atentados directos a la disciplina que quedaron impunes (cabo Sánchez Barroso en Málaga). Todo derivaba, si no justificándola, si explicándola, a la dictadura.

Por iniciativa personal de Primo de Rivera, fracasada la invitación al fantasmagórico Aguilera, con una preparación breve y restringida, sin implicar al rey, adviene al fin este régimen militarista. Sus éxitos iniciales en Marruecos, la proyección exterior de España, las numerosas realizaciones, no desarmaron a los adversarios, entre los que siempre figuraron algunos militares. En unión de políticos y con arreglo al más viejo estilo, organizaron en 1924 una conjura para la noche de San Juan que naufragó, casi en tono de rechifla. Es el propio dictador con su torpeza política, sus complejos frente a la «intelligentsia», su natural incauto, su abuso de

las notas oficiosas, espontáneas, pero a veces rayando en el ridículo, quien va malbaratando su prestigio inicial. Pero es el conflicto innecesario e inoportuno, con el arma de artillería el que enajenando el monarquismo de ésta y dividiendo el ejército, le lleva a un fin lamentable, no obstante sus ilusorias tentativas para dar a su régimen salida airosa. Siempre el insoluble problema de desembocar de una dictadura, aun cuando haya tenido en el origen ambiente popular.

MI DISENTIMIENTO

Hasta aquí las siete partes iniciales de la importantísima obra del profesor Seco. Bien fundamentada, objetiva, aun con la ligera pero explicable inclinación a un civilismo no siempre sin mácula. Señalaba yo en un artículo publicado en 1983 cómo «los golpes militares sólo alcanzan éxito cuando el sentimiento popular los acompaña. Alcolea pone fin a un reinado, a un sistema ya insostenible; lo mismo puede decirse de Sagunto ante las dilaciones de Cánovas. Con éste se inaugura un artificio que poco a poco va deteriorándose hasta llegar a una política de taifas, ya periclitada, cuando, sostenido por el entusiasmo popular, le puso fin el general Primo de Rivera. Si bien esos mismos movimientos fracasan cuando no cuentan con el calor de la masa: las Juntas de Defensa, 1932, 1982. Y, en general, los ejércitos acatan la voluntad nacional legítimamente expresada como en 1868, 1931, 1976. Lo grave llega cuando el ejército se divide porque está dividida la población: la consecuencia es la más cruel de las guerras, la guerra civil, como en 1936. Afortunadamente —decía—, todo esto pertenece al pasado». De siempre mi manera de pensar en este asunto, que estimo tan esencial, tal vez con muy ligeras diferencias de matiz, ha estado acorde con las ideas que expone el ilustre académico.

Pero ahora, con osadía extrema por mi parte, me atrevo a disentir, al menos parcialmente, de su exposición sobre lo acaecido durante la II República que se trata en la última parte, una de las más largas de la obra. Hablo de ello por haber vivido esa experiencia como actor, insignificante, pero todo el tiempo en acción. No pertenecía a la U.M.E., ni a la U.M.R.A., ni a la Falange, ni siquiera era propenso a partido alguno. Sólo era, como he seguido siendo, un mero soldado.

Dejando de lado las actitudes personales de determinados personajes militares importantes, pero tal vez aún de talante decimonónico, la masa del ejército, hasta llegar un cierto momento, se mantuvo estrictamente dentro de la disciplina, cualesquiera que fuesen las opiniones individuales de sus miembros. Con toda corrección acoge el cambio de régimen y las consecuencias que lleva consigo en otros campos a los cuales se muestra muy sensible, como el regionalista o el religioso. Endosa las reformas de Azaña, ley de retiros, reorganización. Respecto a ellas debe reconocerse que obtuvo un éxito rotundo al reducir el exceso de la oficialidad que desde

tiempos bien antiguos venía pesando como una losa sobre la eficiencia de las fuerzas armadas, pero ha de convenirse que en lo demás, otra vez las reformas estaban más en el papel que en la realidad; la organización propuesta estaba ya más que rebasada y nunca alcanzó plena efectividad. Incluso se pasó por algunas cláusulas, tipo trágala, que las acompañaban: promesa de fidelidad, expresión de que se deseaba un entierro religioso en su caso. Incluso se aguantan con infinita paciencia los desplantes resultado de lo que el autor llama «jacobinismo» de Azaña y las cerrilidades plebeyas, principalmente las publicadas en la prensa socialista. Al llegar el 10 de agosto, empresa insensata de una mínima parte del ejército, su grueso permanece firme, dispuesto a combatir la insurrección.

Es cierto que sus miembros no sentían simpatía por el señor Azaña, pero, me atrevo a preguntar, ¿es que era simpático el señor Azaña? Pero eso no quiere decir que los oficiales experimentaran hacia él ese odio africano que frecuentemente se les atribuye en el libro, el cual tal vez era sentido por elementos políticos o por aquellos militares que estaban más próximos a la política.

Hasta octubre de 1934 con el estallido de los movimientos revolucionarios de Asturias y Cataluña, sobre todo este último que resaltaba al vivo el siempre latente peligro que allí existía para la unidad nacional (si bien esta vez terminara de manera casi grotesca), hace cambiar la actitud de las fuerzas armadas. Representaba ello una quiebra de la Constitución que para ciertos sectores sólo está en vigor si opera en provecho de ellos y, por otra parte, muestra la inanidad de las famosas reformas, descubriendo la impreparación de las tropas peninsulares, que es lo que obliga entonces el empleo de unidades africanas. Tal vez hubiera excesos en la represión, pero también merece señalarse la lenidad con que se trató a los verdaderos cabecillas.

Arrecia tras ello el ambiente de revuelta y aumentan, frente a la inacción del gobierno, los agravios del recién nacido Frente Popular a unas Fuerzas Armadas que permanecen mudas, pero que empiezan a sentir el alerta, preparándose al modo de Pavía, para no ser sorprendidas por la creciente marea revolucionaria. Sigue la zancadilla caciquil del presidente de la República y en un ambiente coactivo se celebran las elecciones de febrero de 1922, con la manipulación de votos y actas que alteran en parte apreciable la expresión popular. Prosigue lo que Payne llama acertadamente la «ominosa primavera» de ese año. Como antiguamente, una creciente y potencial amenaza a la integridad nacional, un «desorden terrorista anárquico» según expresión de Prieto, propaganda e infiltraciones dirigidas contra la disciplina del ejército, se presentan de nuevo y a ellas ha de añadirse otra nueva: el auge del comunismo, hasta ahora insignificante, pero que crece desbordadamente como lo muestra la fundación de las Juventudes Socialistas Unificadas. El día primero de mayo una huelga general, que incluye hasta los enterradores, paraliza la nación, pero sobre todo el desfile impresionante en Madrid de las milicias socialistas, uni-

formadas, instruidas por oficiales del ejército que han tomado partido, muestra la realidad del peligro.

Pero, para el ejército, el toque definitivo se había dado el 14 de abril, en que el alférez Reyes, de la Guardia Civil, es asesinado al pie mismo de la tribuna presidencial por oponerse verbalmente a los insultos que le dirige la multitud allí congregada. Su entierro constituye realmente una manifestación casi sediciosa que ni siquiera sirve de llamada de atención a la impasibilidad del gobierno. Se materializa ya la alarma militar, convenciéndose la masa de la oficialidad de la necesidad de realizar algo para oponerse a una revolución incontrastada. A pesar de ello, en fines de junio, al terminar el curso de la Escuela Superior de Guerra, se dice a aquellos de sus alumnos que están comprometidos, que no va a pasar nada, que todo está sin preparar, por lo que pueden irse de vacaciones.

Es el asesinato de Calvo Sotelo el cebo que desencadena la inminente guerra civil. La culpa será de quien sea, de los extremismos de derecha o izquierda, la radicalización socialista, las intransigencias, las conspiraciones, la inacción del gobierno. Pero en aquel momento la única salida era ya el golpe de estado o la revolución.

Se ha especulado que el gobierno contaba con las fuerzas militares para oponerlas al radicalismo societario. Si era así, seguía para ello una extraña política, frecuentes y caprichosos cambios de mando, debilitamiento de las unidades que apenas contaban con 300 hombres por regimiento, tolerancia de los insultos sin contrapartida alguna, ninguna muestra de confianza. Y prueba de que aquella no era su actitud real está en el menosprecio que dedicaron a los que al fin quedaron a su lado, cerca de la mitad del total. La actitud del gobierno era la inconsciencia, la inacción, peor aún que Kerenski.

Ya que por mi parte se trata sólo de una vivencia no contrastada, el asunto continúa abierto a la discusión, pero personalmente sigo viéndolo así.

BELIGERANCIA ESPAÑOLA

Al terminar la lectura de ese libro esencial se abrió ante mí un amplio campo para la meditación. Es innegable que en la historia de España, oportuna o importunamente, sus ejércitos han tenido en ocasiones un protagonismo cierto en determinados asuntos de la nación. Y esto, que podría entrar subsidiariamente dentro de sus misiones, no constituye su razón esencial de existir.

Los ejércitos han sido creados para la defensa del país contra sus enemigos exteriores y sólo su existencia permanente hace que puedan ser empleados, por el

Estado, claro, en otras misiones para las que son aptos, y hasta en situaciones límite y sumamente raras, actuar como mecanismos de seguridad.

Pues bien, la actuación de los nuestros frente a su tarea esencial y primaria no ha sido siempre brillante, ni siquiera oportuna, aunque sí abnegada y sufrida. Y se abre ante nosotros la interrogación de por qué, ostentando sus miembros, de capitán a paje, virtudes militares de muchos quilates, conduce su empleo a resultados muchas veces desgraciados.

Al llegar la agresión napoleónica, como resultado del abandono de la sabia política de neutralidad armada del reinado de Fernando VI y de la ineptitud de Godoy para lidiar con unos tiempos tan difíciles, nuestras fuerzas estaban en extremo debilitadas. La Real Armada, sobre la que había recaído hasta más allá de sus posibilidades la actuación profrancesa, estaba agotada y mal provista, desentrenada por su larga inmovilidad en el fondeadero de Brest que aún se llama «rada de los españoles». El ejército, mal armado y dispersas sus mejores unidades en Portugal y Dinamarca, resultaba en la práctica inoperante para una acción de conjunto. Desaparecidos los poderes públicos, el enemigo infiltrado dominando las plazas capitales, la situación era desesperada. Sólo un sentimiento patriótico insuperable fue capaz de remontarla. El pueblo, unido a las disgregadas tropas regulares, consiguió, con la estricta pero sólida ayuda del Lord y sus soldados, alcanzar la victoria. A una mala política de defensa siguió una lamentable diplomacia y ya comentamos el estado en que quedaron las fuerzas armadas.

Sólo ocho años más tarde sobrevenía una nueva invasión, también francesa, la de los llamados, aunque bastantes menos, cien mil hijos de San Luis. Un monarca indigno, un gobierno inerte por sus miserables rivalidades, un ejército inexistente, un pueblo ajeno a la cuestión, llevaron sin respiro a una derrota afrentosa. Sólo Espoz y Mina retrasó el avance francés en Cataluña. Una parte de su fuerza, en la que se integraba Narváez, entonces joven oficial, combatida por un enemigo superior y por los elementos desencadenados, se vio obligada a rendirse en el interior de la Cerdaña francesa. El coronel Guerra presentó su espada al general francés, quien le dijo: «No, ha hecho usted muy buen uso de ella. Consérvela». Al menos en un caso se salvó el honor.

Bajo gobiernos moderados se realizaron dos intervenciones en el extranjero. Una en 1847 para sofocar una insurrección miguelista en el norte de Portugal, otra dos años más tarde para contribuir a reponer en su Solio al Papa Pío IX, expulsado por la revolución. Bien organizadas y pertrechadas, desempeñaron su cometido manteniendo el prestigio de la nación. La primera, al mando firme y flexible de don Manuel Fernández de la Concha, culminó en breve tiempo y de un modo suasorio, a satisfacción de todos, su nada fácil misión. Mandaba la destinada a Italia el mas acomodaticio don Fernando Fernández de Córdova, que si al principio se vio envuelto en las intrigas francesas, personificadas en el mariscal Oudinot quien le

estorbó participar en la conquista de Roma, y en las napolitanas que sólo querían asegurarse su frontera, custodió el refugio del Papa en Gaeta y suya fue la persecución final de Garibaldi por un terreno difícil, obligándole a refugiarse en la República de San Marino, donde desbandó sus fuerzas.

Siguiendo una política, muy de la época, de consolidar la autoridad interna con aventuras exteriores, el eficaz «gobierno largo» de la Unión Liberal se embarca en algunas de ellas. Fue primero la expedición a Cochinchina de fuerzas de la guarnición de Filipinas, cuya actuación fue brillante, pero favoreció únicamente los intereses franceses, sin ninguna ventaja para España a falta de una capaz política diplomática. La más importante, la guerra de Africa de 1859-60, una empresa bien concebida, con un mando único militar y político y desarrollada con decisión, fue un éxito clamoroso en los terrenos patriótico y castrense, pero no rindió fruto por la solapada oposición inglesa, resultado de una falta de preparación exterior. Dos años después ocurre la expedición anglo-franco-española a Méjico, empresa poco razonable, de la que nos saca la clarividencia del comandante hispano, arrastrando tras sí a los ingleses y dejando a los franceses el amargo fracaso de la aventura. En conjunto, este período, aunque no perfecto, como se ha señalado en cada caso, es el de mayor proyección de España. Las deficiencias son políticas, pero las fuerzas de mar y tierra, a las que se ha preparado con desusada solicitud, han desempeñado el papel que se les ha asignado, a despecho de aliados, enemigos y penalidades.

Todavía en 1865 estalla la llamada guerra del Pacífico, aventura descabellada desde todos los puntos de vista, político, estratégico y logístico, en la que al menos se salva el honor gracias a la calidad de los marinos y de los barcos que venían del período anterior.

Los desórdenes internos del sexenio revolucionario que se inicia en 1868 tienen, naturalmente, su repercusión en las Fuerzas Armadas, que tampoco es remediado por los gobiernos de la Restauración —conocido es el prejuicio de Cánovas— que se desentienden de cuanto afecta a política militar y de defensa, limitándose a lañar los desgarrones que se presentaban a la vista. El fruto se muestra en 1893 con ocasión de un incidente, la agresión desde el campo exterior de Melilla de unos rifeños rebeldes a la autoridad del sultán de Marruecos. «Hubo que desorganizar todos los servicios para poner en Melilla, con sensible retraso y falta de numerosos elementos, un ejército de 22.000 hombres», dice la historia oficial de la campaña, que añade que la organización del mismo «se consideró inadecuada para las necesidades de la guerra y las censuras fueron unánimes..., pues resultaba una máquina imperfecta y costosa, dotada de excesivos mecanismos... (con) un promedio de un general por cada 1.000 hombres y de un jefe por 225». Afortunadamente, el conflicto se resolvió por la vía diplomática nombrando embajador extraordinario al general en jefe, pero aun antes de que se consiguiera, retiraba el gobierno la mitad de las fuerzas para obviar la insoportable carga de suministrarlas.

Sólo vengo ocupándome de pugnas con el exterior, papel esencial de los ejércitos, aunque las repetidas guerras civiles que nos han afligido con tan lamentable frecuencia y en las que habitualmente han participado alienígenas, también proporcionan enseñanzas útiles. Por eso no he mencionado la primera guerra cubana, la de los diez años, por considerarse en general como una guerra civil. Su larguísima duración se debió principalmente a que España, cautiva su atención por los acontecimientos que aquí se desarrollaron a partir de 1868, no pudo, o no supo, dedicarle la que merecía tan peligrosa contienda. La práctica ausencia inicial de fuerzas en la isla favoreció el desarrollo de los cuerpos de voluntarios que si no tuvieron decisiva intervención en la lucha, sí la adquirieron, abusiva, en la política, en un sentido ultraconservador que hizo imposible a tiempo una reforma racional.

Tras la muestra de incapacidad de la concentración de Melilla, sólo dos años tardó en resurgir la guerrilla antillana a la que esta vez se atendió debidamente, al menos en hombres y material. Sin embargo, muy pronto se puso de manifiesto que ésta, lo mismo que menos ostensiblemente la anterior, no eran puras luchas civiles, sino un fenómeno nuevo, lo que hoy llamaríamos, con un barbarismo, una guerra *by proxi* en que los cubanos jugaban el papel que convenía a los norteamericanos, siempre ávidos de incorporar, comprándola, la isla a la Unión. Y así, cuando España, a pesar de todas las dificultades, parecía a punto de ganar la partida, se entrometen en la contienda forzando descaradamente la guerra con nuestro país.

No obstante, ser previsible el conflicto, nuestra impreparación era absoluta. En el terreno político un gobierno amedrentado, sin vigor y sin norte, una oposición que pretende mantenerse al paio como si no fueran también suyas las culpas que lo precipitaron, una opinión engañada que creía en una victoria imposible. Diplomáticamente España estaba patéticamente sola, nadie se interesó por su causa y fue incapaz de preparar el inevitable desenlace, que englobó Puerto Rico y las Filipinas a través de un valedor, Francia, pasivo y demorado. Militarmente los mandos, nombrados políticamente, sin instrucciones y sin iniciativa, hicieron brillar en general su inhabilidad; la escuadra que se envió a Cuba estaba totalmente impreparada, condenada de antemano a un holocausto; del ejército, en menos malas condiciones, sólo luchó un dos por ciento del que guarnecía la isla. Pero ese puñado de marinos y soldados combatió con decoro y ganó la estima de sus adversarios. Y al menos Cuba fue independiente, no uno más de los Estados Unidos.

Todas las acciones del siglo XX tienen lugar en Africa. La agresión a Melilla en 1909 nos sorprende casi tan impreparados como quince años antes y esa impreparación se reflejó gravemente en la ya claudicante política española. El ejercicio posterior del Protectorado se vio, como señalamos, sometido a una política fluctuante que, salvo alguna excepción, dedicaba al problema una atención menos que secundaria. Ello culminó en la pérdida desde Annual en 1921 de toda la zona oriental ya sometida. Se puso de manifiesto, a parte de la total ausencia de mando, el fallo de

los subordinados, la debilidad de todo el sistema y, lo que es peor, la imposibilidad de una reacción inmediata, pues las tropas que se enviaron de la metrópolis, totalmente sin preparar, hubieron de emplear las primeras semanas, incapaces de entrar en acción, en completar su instrucción, mientras perecían lamentablemente, sin auxilio, los escasos focos de resistencia a que pudieron acogerse los fugitivos. La repercusión política de ello fue inmensa: Annual es la primera estación en el vía crucis que conduce al derrocamiento de la monarquía.

Reconquistada la zona perdida, continúa la política errática que pasa de la acción guerrera a la atracción pacífica, con cada uno de los frecuentes cambios de gabinete que arrastran mudanzas de altos comisarios y jefes militares, sometidos siempre a esporádicos e intensos ataques del enemigo que tiene la iniciativa, con riesgo permanente de un nuevo colapso. Y así hasta las campañas de 1924-25 en que otra vez nos encontramos, como en el 60, gobierno y mando en una sola mano, minuciosa preparación, ahora con las convenientes alianzas, fuerzas adiestradas y por dichoso contraste el pueblo, que hasta ahora había mirado con aversión esta empresa inacabable, desatinada, cruenta, costosa y sin objeto aparente, apoya calurosamente desde la primera victoria la nueva y decisiva fase que acaba con un problema que parecía insoluble.

Como resumen general, unos políticos que se desentienden de la defensa, su primera misión, que no aportan los recursos necesarios para mantener sus fuerzas armadas. Unos ejércitos indigentes cuyos esfuerzos se encaminan a resolver malamente el problema de su subsistencia sin que cuenten con medios que permitan desarrollar su cada vez más complicada preparación. Unos mandos superiores politizados por su adscripción a los partidos, por su encumbramiento a puestos oficiales no castrenses. Cada vez se mira menos al exterior, donde está el objetivo, más al interior, a mano, de donde puede venir el remedio para la inopia. Excepciones son aquellas empresas, como la guerra de Africa y la campaña de Alhucemas en que la política quiere una actuación y la prepara y la fuerza la ejecuta con entusiasmo y resolución. Y lo mismo se sigue dando más adelante: la aventura del Sahara en 1955, en la que un jefe enérgico con excelentes unidades y actuando en combinación con los vecinos franceses, dio pronto cuenta de las intentonas precedentes del norte; en contraste con Ifni, donde se muestra de nuevo nuestra impreparación militar, salvándose apenas la población que hasta su cesión a Marruecos permanece virtualmente sitiada.

SOLILOQUIO SOBRE NUESTRA DEFENSA

Nadie ha jugado, pues, su papel: los políticos descargándolo sobre los militares, los técnicos militares más atentos a las cuestiones del gobierno interior que a preparar, por elemental que fuese, la defensa que permitiesen los escasos medios que se

ponían a su disposición. Resulta así indispensable estudiar desde la paz el problema de la defensa. Hasta que el posible conflicto estalle debe realizarse una preparación dedicada y en cuanto sea posible eficaz. Ante todo está la previsión de las posibles amenazas y, en consecuencia, el estudio de las soluciones a adoptar y las medidas de gobierno a tomar dentro y fuera de la nación. Es decir, lo que se entiende por política de defensa, cuya formulación corresponde al escalón político, al gobierno. Obviamente, será para ello asesorado por muy varios organismos, entre los que los militares no ocuparán el último lugar, pero no corresponde a éstos la decisión. Sí, en cambio, la puesta en marcha de sus previsiones coactivas cuando llegue el caso y la preparación para ello que es al mismo tiempo disuasión frente a posibles antagonistas, en todo momento.

Consecuencia de la política formulada han de compararse los elementos que resultan necesarios con los recursos de que se dispone. Es decir, establecer la organización conveniente, cuyas líneas generales han de deducirse de lo anterior. Sentadas esas premisas, vendrá como tarea absorbente la preparación de las fuerzas, mediante el estudio, ejercicios, maniobras reales en todos los ambientes. Todo esto resulta carísimo y puede obligar a revisar los conceptos anteriores. Lo que no puede hacerse es mantener una fuerza indebidamente preparada. Esa preparación exhaustiva, absorbente, dedicada, satisfará las ambiciones de todos los militares que sientan su vocación, llenando su tiempo con una actividad que, al colmar sus gustos, satisfaga su ambición de estar en todo momento dispuestos a la defensa de la patria.

Actualmente, España, país amante de la paz, no tiene problemas que exijan su solución por la vía guerrera. Pero sí ha de atender a su propia defensa. En la coyuntura presente estamos ya dentro del Tratado del Atlántico Norte, aunque faltaría discutir los aspectos militares de una posible integración plena en la OTAN.

De los diversos escenarios en que podría situarse la defensa española quedan, pues, ya excluidos el neutralismo tercermundista, triste objetivo tumultuario, que conduce a la hora de la verdad a la satelización o al papel de víctima propiciatoria. También la adscripción al Pacto de Varsovia, del que separan a España, no sólo su entorno geográfico y fundamentales e insalvables motivaciones ideológicas, sino además los ejemplos ya puestos en escena de la «doctrina Breznev» de soberanía limitada, que conduce a sus miembros a una sujeción esclavizadora.

También quedan fuera del enunciado —aunque no puedan dejarse de lado dada nuestra anómala situación interina respecto a la OTAN— otras dos posturas alternativas. La más deseable y atractiva, la neutralidad, pero ella es al mismo tiempo la más exigente. Para que un país pueda considerarse propiamente neutral —salvo en el caso de que tal haya sido reconocido por un tratado internacional, y aun así el recuerdo de Bélgica estará siempre presente— debe reunir tres requisitos que no

concurrir en el caso español. Ausencia de puntos conflictivos, buenas relaciones con todos los poderes importantes y, por último, pero no lo último, ser lo suficientemente fuerte para hacerse respetar, lo que no es fácil económica y tecnológicamente hablando. La solución del problema puede estar en una alianza; hoy la forma más eficaz es entrar a formar parte de uno de los bloques que asombran al mundo o bien ligarse con una de las superpotencias que, excluida la URSS como ya señalamos, no puede ser para nosotros otra que los Estados Unidos de América, aunque sobre esta posible alianza proyectase un reparo nefasto nuestra eventual retirada de la Organización Atlántica.

El asunto en cuestión se refiere, pues, a la hipótesis de que la asociación con esta última continúe desarrollándose. A mi juicio y sin salirme del puro campo militar, la adhesión al Pacto Atlántico más se debió en su momento a conveniencias políticas coyunturales que a resultado de un estudio técnico apurado originario de una opinión general favorable; pero ya estamos allí. En todo caso hemos de debatir ahora todas aquellas cuestiones que arrastraría la integración plena en la Organización, empezando por deslindar aquellos objetivos que para ella y sobre todo para nosotros son esenciales.

Muchas veces se cita la indiscutible importancia estratégica de España como si fuera algo favorable de lo que podemos presumir. En realidad, es una carga muy importante que nos convierte en fruto apetecible para ser tomado por cualquiera de los antagonistas en posibles conflictos de amplios vuelos y nos obliga, en consecuencia, a prepararnos para evitar ser sacrificados sin ninguna opción.

Dando por hecho que no tengamos por el norte una amenaza militar inmediata, aunque no pueda decirse lo mismo en un segundo tiempo quizás no muy demorado, está en nuestro poder una de las llaves del acceso al Mediterráneo, tan importante por sí mismo y para el flanco sur de la Organización Atlántica. Pero este problema presenta otros colaterales que se llaman Gibraltar, Ceuta y Melilla y aun el que puede surgir en Marruecos.

Se habla mucho de un eje estratégico Baleares-Estrecho-Canarias; si ello se refiere a destacar la esencia de nuestros problemas, la expresión puede pasar. Pero el ligar los tres conceptos en una sola estrategia no es real. Baleares puede tener una cierta relación con el Estrecho, lo flanquea lejanamente, pero está mucho más ligada al problema general de la defensa peninsular. Canarias constituye otro problema independiente, al que ha de señalarse una solución autónoma y diferente.

No cabe olvidarse, pues constituye uno de los capítulos más interesantes para la OTAN, tan falta de profundidad y de comunicaciones menos agobiadas, la importancia logística que pueda representar para ella la Península Ibérica. En lo que a España se refiere son primordiales nuestros puertos atlánticos y las comunicaciones con Francia y Portugal. Y ello pone en primer término el problema de la propia

defensa complicada por la climatología del país, tan favorable a la actuación aérea, lo mismo para el establecimiento de bases que para ser blanco de una intervención adversaria, exigiendo, en todo caso, una protección eficaz contra ataques desde el cielo.

De todos estos objetivos primarios, unos son interesantes, incluso primordiales, para la Organización, pero otros afectan casi en exclusiva a España, que ha de tenerlos muy en cuenta, con exclusivismo, al formular su planificación. ¿Qué podría pedirnos además la OTAN? ¿Una contribución a su defensa avanzada? Si ésta se buscase en el sector central, aparte de debilitar la capacidad defensiva española, se aumentaría la heterogeneidad que ya le caracteriza sin reforzar sensiblemente su fortaleza. Si se quiere llevarla al flanco sur ha de tenerse en cuenta que los distintos sectores de éste presentan un tipo de defensa separado y predominantemente nacional, lo que no cabe para España al no tener fronteras con el Pacto de Varsovia ni ser procedente dispersar sus fuerzas. Parece, pues, que el papel más indicado para nuestros ejércitos sería, salvo asignaciones testimoniales, el de reserva o complemento.

Integrados ya en la OTAN, un primer problema que se presenta es el de la adecuación de los mandos, en lo que hasta ahora han influido, más que consideraciones estratégicas, preocupaciones políticas de tipo nacionalista. Baste señalar el mando del Canal (ACCHANT), que no tiene más razón de existencia separada que el dar satisfacción al amor porpío británico. Por las razones antedichas y dentro del SHAPE, España debería quedar afecta al sector central (AFCENT) si no se considerara preferible constituir con ella uno separado. Pero inmediatamente surgen las dificultades: el Reino Unido (Gibraltar), y aún más que él Portugal, más atento en ocasiones a su preocupación ancestral y a la permanencia de IBERLANT que a la evidente transcendencia de la cooperación peninsular.

Y fijados ya, insistimos, por el gobierno, con los necesarios asesoramientos, los objetivos de nuestra defensa, procede ocuparse de la organización y preparación de las fuerzas. Convendrá examinar en primer lugar la posible contribución de cada una de sus ramas Aire, Mar y Tierra. Pero sin olvidar que una de las enseñanzas del conflicto de las Malvinas, el último de cierta importancia a cuyas experiencias podemos recurrir, puso de relieve que para Gran Bretaña supuso un grave inconveniente el tener sus medios disponibles preparados para un sólo tipo de guerra, el que podía reñirse en Europa, que no era el que en ese momento tenía que lidiar. Y algo análogo y aún de mayor gravedad ocurrió hace tiempo a Francia en la lucha de independencia de Argelia.

Para el Aire el esfuerzo fundamental será una defensa aérea conjunta y combinada y contribuir a la actuación en el Estrecho y en Baleares y a asegurar las comunicaciones con Canarias. Este último cometido, con el de controlar el Estrecho,

serán los esenciales de la Armada, que podrá, en la medida de sus fuerzas, contribuir a la guerra antisubmarina y a la protección de las comunicaciones de la Alianza. Para el uno y para la otra la cuestión está facilitada porque llevan ya años empleando los métodos y ejercitándose con fuerzas de la OTAN.

Más nebulosos resultan los posibles cometidos del ejército, entre los que están claros los de defensa de la entidad territorial del solar español, con aplicación especial en las regiones del Estrecho, Baleares y Canarias. El cambio en la estrategia nuclear desde el concepto de «represalia masiva», al de «respuesta graduada» (que, dada la creciente potencia devastadora del armamento moderno, puede quedar simplemente en guerra convencional), han hecho variar la importancia concedida a la existencia de reservas debidamente entrenadas y fácilmente movilizables. En los orígenes una guerra relámpago no daba lugar a contar con otros elementos que los que originalmente se tuvieran a mano; ahora, con unos medios de alerta infinitamente más eficaces, las fuerzas desplegadas pueden ser reforzadas ante la inminencia de un ataque, o incluso durante el desarrollo de la contienda. Será, pues, necesario contar con unas tropas inmediatamente disponibles, pero también con otras económicas, más o menos del tipo de milicias, de reclutamiento adecuado y rápida disponibilidad. En ningún caso debe perderse de vista que el empleo de todas las Fuerzas Armadas será siempre conjunto y en muchos casos combinado.

Razones económicas han de limitar el número de los efectivos permanentes. Como ocurre ya en casi todos los ejércitos, habrá que decidirse entre los dos extremos de cantidad o calidad. La contienda de las Malvinas es clara a este respecto: unas fuerzas bien preparadas constituidas con las unidades mejor dispuestas de Marina, aviación embarcada, ejército y «*marines*» se enfrentaron con otras más numerosas pero no bien dotadas y deficientemente instruidas; así, en Goose Green un batallón paracaidista de 600 hombres, y singularmente una sola de sus compañías, obligó a la rendición final a un efectivo de 1.500 adversarios.

Por lo que hace referencia al material, otro de los complicados asuntos de la OTAN parece claro que conviene españolizar la fabricación de todo el que permitan nuestros recursos y nuestra tecnología. Para los muy artificiosos debe pensarse si no convendría nacionalizar hasta donde sea posible el mantenimiento, resignándose a adquirir el armamento en su lugar de origen, en evitación de encarecimientos o producciones defectuosas. Experiencias de ello no nos faltan: ha habido aviones que no sirvieron para el fin propuesto y por la suma gastada en algunos barcos hubiéramos podido tener al menos el doble si los hubiéramos adquirido en el extranjero. No se puede emplear el dinero destinado a defensa en resolver problemas económicos o sociales, aunque pueda indirectamente contribuir a su solución.

Aún han de decirse dos palabras acerca de la guerra nuclear, por dudoso que se considere el que se recurra a ella. España no posee armas de este tipo, aunque tal

vez fuera conveniente que eso fuera así por decisión propia y no por incapacidad de producirlas en plazo breve si a ello llegara a verse constreñida. Refirámonos al despliegue de armas tácticas de alcance intermedio que en este momento atormenta a la OTAN y para el que la polémica actual tal vez se origina no tanto por ese hecho, sino porque él pasaría a la URSS la iniciativa de escalarla, desencadenando el holocausto. El proyecto afecta únicamente en el sector central a aquellos países que tienen frontera con el Pacto de Varsovia, a los que se añaden Gran Bretaña e Italia. El resto de los de los flancos norte y sur no las verán establecidas en su suelo. Podría lograrse, pues, que España consiguiese lo mismo, aunque ello sería así en el momento y podría verse más tarde ante el dilema de aceptarlas o no. Como en cualquier caso, ello no garantizaría que no fueran empleadas contra ella, lo que haría inexcusable desde ahora planear e iniciar algo eficaz en lo que respecta a defensa antinuclear e instruir normalmente al conjunto de las fuerzas para actuar en ese impensable ambiente.

Esta exposición sólo se refiere a algunas de las cuestiones más importantes a considerar. No apuntamos en ella solución alguna, ya que ello pecaría por mi parte de frívolo e inoperante. En la realidad estas cuestiones han de ser sometidas, si no lo han sido ya, a un examen profundo y demorado.

Sólo querría, para terminar, señalar otra necesidad militar ineludible. Combatir la creciente desgana y desilusión que parece ganar a nuestro pueblo, llevarle a reencontrar una España consciente de su propio ser, interesada en sus valores permanentes, convencida de la necesidad de su propia defensa.